

La recepción de la sociología norteamericana*

por

José Medina Echavarría

I. PERSISTENCIA Y DESGASTE DE LAS TRADICIONES SOCIOLÓGICAS

En el panorama de conjunto de la historia de la sociología, casi nadie podría negar que algunos países han sido más productivos que otros. Y cabe presumir un fácil acuerdo acerca de que entre esos países, tres destacan de un modo singular: Francia, Alemania y los Estados Unidos. En otras partes se ha ofrecido alguna que otra figura aislada de gran magnitud, como es el caso de W. Pareto en Italia. En los más se han dado profesores ilustres o escritores de algún rango, pero no creadores en su pleno sentido. Caso singular el de Inglaterra, en donde después de Spencer, la Sociología apenas se manifiesta con ese nombre sino como confundida con otras disciplinas de mayor solera nacional.

A. *Impulso y estancamiento de las escuelas.* Ahora bien, en los mencionados países de máxima productividad —hasta hoy se entiende— ese su florecimiento, ha solido ocurrir en dos formas, a veces en cierta combinación de ambas. La primera es la existencia y perduración de una escuela. La segunda, mediante la aparición de varias constelaciones sucesivas de poderosas personalidades creadoras. El ejemplo de la primera lo constituye la sociología francesa.

* Fragmento de un curso dictado por el autor en 1962.

El de la segunda, la sociología alemana. La maduración de la norteamericana representaría una conjugación de las dos.

Ahora bien, serían superfluas ciertas atenuaciones, de no darse el persistente temor de lamentables malentendidos.

El desarrollo de la sociología francesa en su tronco mayor es en realidad o se confunde con el despliegue de la escuela durkheimiana, *l'Ecole* por antonomasia. Pero esto no implica —como todo el mundo sabe— que al lado de ella no se diera al mismo tiempo un pequeño grupo de pensadores fuera de su influjo.

La sociología alemana se caracteriza por una sucesión de constelaciones de pensadores, independientes entre sí, dos de las cuales se destacan con singular relieve: la constelación de la época weberiana por así decir y la ocurrida en la década veinte, que pudiera denominarse la del momento mannheimiano. Hubo escuelas ciertamente —Weber no la tuvo nunca en estricto sentido—, pero apenas, como en el caso de la formalista (Wiesse), tuvo los caracteres y la amplitud de la francesa durkheimiana.

De estas dos maneras y posibilidades, la que mayor interés tiene por sí misma es la de la existencia de una o varias clases de escuelas. La forma de constelación tiene un carácter contingente y, por tanto, imprevisible. La mayor significación que toma la forma de la escuela consiste en estas dos cosas: 1) en que constituye la manera más natural —casi imprescindible— en el desarrollo de una ciencia. Desde luego una escuela no es, en modo alguno, como solía repetir Ortega, una serie de discos de gramófono. Agrupa, es cierto, a un conjunto de personas en torno de la figura y obra de un maestro. Pero aunque esas personas comenten, elaboren y apliquen la doctrina o teoría de ese maestro a diversos campos, no dejan de hacerlo con independencia y distancia críticas. No son, insistamos, meros repetidores. En todo caso, hay una serie de supuestos comunes y de predilecciones terminológicas que permiten afirmar la existencia de la escuela, a pesar de que puedan manifestarse en ella diversidades personales y variedad de matices teóricos o conceptuales. Pero

por otra parte, 2) toda escuela alcanza pronto o tarde sus propios límites, es decir, está condenada a extinguirse —más o menos penosamente— en algún día. En ambos aspectos es representativa la escuela sociológica del grupo durkheimiano. Ninguno de sus miembros fue simple repetidor del maestro, y actuaron, sobre todo, por la aplicación de su método a los más diversos campos, desde la morfología hasta el lenguaje. Pero, tarde o temprano, hubiera llegado su desgaste y transformación. Un destino trágico —los efectos de la Primera Guerra Mundial— que eliminó a algunos de sus elementos prometedores, contribuyó a precipitar su declive. El cual —como está implícito en las consideraciones anteriores— empieza siempre en que por una u otra razón comienza a disolverse el suelo común de los supuestos fundamentales. Cuando tal ocurre en una disciplina —no sólo en sociología naturalmente—, estamos ante lo que se llama el estado de crisis de una ciencia.

En este sentido, bastantes años antes de la Segunda Guerra Mundial y del peculiar fenómeno de recepción que ahora nos preocupa, la sociología francesa había entrado en una situación crítica, en la disolución de la ortodoxia de su escuela fundamental. Y hecho notable es que semejante crisis empezó a manifestarse como un fenómeno de recepción, en este caso, del pensamiento alemán. El interés ofrecido por esta circunstancia consiste en ser un mentís a una creencia muy generalizada —a veces con pretensión científica— acerca del influjo de las situaciones de poder y de hegemonía. Pues fue más bien al contrario, la irradiación del vencido sobre el vencedor. La historia ha conocido, sin embargo, ese fenómeno repetidas veces, lo que indica que la dirección de las corrientes de influencia no es tan sencilla como algunos piensan. En efecto, alguien pudiera sostener que el singular fenómeno de la recepción de la sociología norteamericana que ahora nos importa es simple consecuencia de un fenómeno hegemónico o de poderío. Pues no sólo se propaga rápidamente en la postguerra —en rápidas traducciones— el pensamiento sociológico sino, asimismo, por ejemplo, la creación

literaria. Pero si es evidente que en la avalancha expansiva se traducen, sin merecerlo, figuras de segunda o tercera fila, también cabe pensar que aun sin el trasfondo del poderío colectivo se hubieran impuesto figuras tales como un Hemingway, o un Faulkner, por ejemplo. Ciertamente es, en principio, que los momentos hegemónicos suelen ser totales —la sucesión de la influencia italiana, la española, la francesa, la inglesa, etc.—, pero la razón de ser de esas expansiones culturales acompañantes no está nunca plenamente justificada por su calidad intrínseca. Por otra parte, ni Ibsen ni Strindberg contaron para nada en su universalización con el alcance de los cañones suecos o noruegos. Se da, por tanto, una intrincada relación, en donde no puede prescindirse de lo superiormente valioso en cuanto tal; sin eso no hubiera sido posible —para bien o para mal— la helenización del mundo romano. Cortemos al punto esta mínima digresión, aunque no deja de ser sociológica. Volvamos al hecho de que la “germanización” de la sociología francesa antes de la Segunda Guerra Mundial —previa a la recepción posterior de la sociología norteamericana— no era sino síntoma evidente de una crisis en lo que fue por mucho tiempo un modo de pensar dominante. Los años de guerra son de aislamiento general para todos y del estancamiento de muchas formas de actividad. Ambas cosas las sufrió —no podía ser menos— el pensamiento social de los franceses, pero no en la forma aguda de que fue víctima la sociología alemana.

La segunda década del novecientos es para la sociología alemana de una extraordinaria fecundidad. No importa que tuviera un carácter de enfrentamiento político y de luchas entre distintas “weltanschauungen”. Lo que ahora nos interesa es el simple hecho de que fuera el momento típico de una brillante constelación de la sociología alemana, la segunda. Ahora bien, esa constelación se apaga, no por el declinar de una escuela —como en el caso francés—, sino por el hecho externo político de la dominación nazi y la guerra a que inmediatamente da lugar. En ese sentido, la constelación se

dispersa físicamente con la emigración, o se extingue en algunos casos por la eliminación personal en la represión política. El hecho es que el desarrollo normal de la sociología alemana —en vez de haber perdurado, cosa que algunos dudan— se cortó bruscamente, produciendo el inmenso vacío que la guerra había de acentuar con su aislamiento.

B. *El florecimiento de la sociología norteamericana.* Pues bien, es en esos años de las mayores crisis de las sociologías europeas, cuando tiene lugar en unas pocas décadas, aunque sin solución de continuidad con tiempos muy anteriores, el mayor florecimiento de la sociología norteamericana. Años que son fecundos en todos sus aspectos, en la construcción teórica, en la utilización profesional del sociólogo, y, sobre todo, en la expansión de la investigación empírica, con la aparición paralela de nuevas técnicas, que es en realidad lo que más impresiona y mayor influjo va a ejercer. Sería inadecuado en este momento un relato pormenorizado de todo lo ganado en esas décadas por la sociología norteamericana, lo mismo en el campo teórico como en el de la praxis e investigación. Pero si se impone esquivar por ahora esa historia parece, por el contrario, oportuno plantear el problema de su interpretación y justificación. Desde luego, las condiciones externas son bien conocidas: la rápida formación de una sociedad industrial de caracteres químicamente puros, por realizarse en condiciones totalmente nuevas, o sea, sin vínculos con un pasado capaz de resistir desde ciertos reductos o de dejar uno u otro tipo de pervivencias; el logro en virtud de esa estructura industrial de una extraordinaria y general riqueza, es decir, la manifestación de esa sociedad industrial como sociedad próspera (*affluent society*); la acogida académica de la sociología y el mantenimiento generoso, tanto de su cultivo como de la investigación empírica gracias a esa considerable base financiera; las generales tendencias pragmáticas que facilitaron o hicieron posible la innata inclinación del norteamericano por la "ingeniería social" (so-

cial engineering). Lo único que valdría la pena hacer resaltar, por ser menos conocido, es el aspecto favorable que para el desarrollo de la sociología supuso la afortunada —aunque fuera accidental— combinación de las dos formas antes indicadas: la existencia de escuelas y, al mismo tiempo, de constelaciones de individualidades vigorosas en sucesión continuada. De tal manera, que a la “extinción”, por ejemplo, de la famosa escuela de Chicago, sigue sin grandes trastornos la formación de otras no menos influyentes. Sin embargo, para el problema que ahora llevamos entre manos sólo importan tres cosas que son de carácter factual: 1) el puro hecho de esa expansión y florecimiento de la sociología —de la ciencia social en general si así se quiere—; 2) el hecho del carácter valioso —dentro de lo humanamente discutible— de esa producción, es decir, de una gran parte de ella, en la teoría y en la investigación; 3) el hecho del rezagamiento sufrido por los demás países ante semejante fenómeno de crecimiento. Importa subrayar el hecho mencionado de su carácter valioso por dos razones: primera, para desechar toda interpretación precipitada que se acoja o pueda acogerse a la explicación derivada de la situación de potencia adquirida por los Estados Unidos en esos años, y, segunda, porque una vez reconocido, puede entrarse sin embarazos, sin repetidas excusas y sin suspicacia alguna, en el examen de los aspectos críticos y negativos que en lo sucesivo convenga hacer. Desde luego, no nos interesa, por el momento, el enfrentamiento crítico de conjunto —ya hecho por algunos— sobre el fracaso de las esperanzas sociológicas como único soporte de una “unfertige Gesellschaft”. Nuestro problema hoy es otro: la derivación de los tres hechos reseñados de otro fenómeno decisivo, vivido por todos en estos últimos años: el de la “recepción” de la sociología norteamericana, por unos y por otros.

2. LA “RECEPCIÓN” DE LA SOCIOLOGÍA NORTEAMERICANA

Terminada la Segunda Guerra Mundial, la “recepción” de la sociología norteamericana se ofrece por doquier: en Alemania, en

Francia, en Italia, en los países hispánicos y en los escandinavos, dentro de las más viejas culturas asiáticas, y en buena medida y en ciertos respectos, en los países sometidos al modelo soviético (Polonia, Yugoslavia, en la misma URSS, incluso). Ahora bien, esa "recepción" —como cualquiera otra semejante— no es cosa fácil y sin problemas. Y, además, los caracteres que pueda tomar y los problemas que engendra dependen de que allí donde se dé, puedan existir tradiciones propias del pensar sociológico. De tal suerte, así como Myrdal pudo señalar el distinto carácter de la planeación económica dentro de la común naturaleza del "Welfare state", según se trate de países ricos o "subdesarrollados", cabe en este caso sospechar a priori que los caracteres de la "recepción" estudiada habrán de ser distintos según que los países en que se produzca posean una propia tradición sociológica o carezcan de ella. Cifñamos, por de pronto, el caso a los países europeos o de herencia europea. Pero una vez realizada esta eliminación elijamos el caso alemán, no sólo por ser quizá el más representativo, sino porque al haberse producido esa "recepción" con carácter reflexivo —fieles a su tradición filosófica—, encontramos entre los alemanes, ya elaborados por ellos mismos, los "datos" que en este momento nos hacen falta. Cosa que ocurre en medida mucho más escasa entre los franceses, por ejemplo.

a) *El caso alemán en el proceso de esa "recepción"*. Reseñemos por lo pronto, de antemano, los "momentos" o elementos esenciales del proceso receptivo de la sociología norteamericana en los medios académicos alemanes. Éstos son, quizá, los siguientes: 1) el conflicto entre las distintas generaciones y entre los diferentes sociólogos a tenor de su situación personal, según hubieran sido o no emigrantes políticos; 2) el carácter polémico, que, en consecuencia, toma inmediatamente la recepción; 3) la presencia del fenómeno peculiar de exageración que lleva consigo la actitud del "converso"; 4) el carácter crítico de la recepción, referido: i) a los temas; ii) a

la validez de las categorías teóricas; iii) a la asimilación de las distintas técnicas de investigación y al valor de la investigación empírica misma (relaciones entre la teoría y la *praxis* sociológica).

1. En el instante en que se reanuda, ya liberada, la vida intelectual alemana, tiene que producirse en el círculo de los sociólogos un inevitable entrecoque de personalidades que afecta a las modalidades de una "recepción" obligada en cierto sentido para todos, pues significaba con la recuperación de la continuidad, el contacto otra vez con el mundo exterior y la ruptura del hermetismo asfixiante de los años de lucha civil e internacional. Unos pocos representaban todavía a la vieja generación, que por lo general, más o menos ocultos y silenciosos, habían permanecido en el suelo patrio durante todo ese tiempo. Otros representaban al grupo de los que habían tratado de continuar la tarea sociológica durante la dominación nazi, sin que eso supusiera siempre y en todo caso voluntad de colaboración, aunque sí llevara consigo la aceptación de los *le-mas* vigentes y la necesidad de disfraces más o menos ingeniosos para poder pasar la mercancía. Los más, sin embargo, habían tenido que emigrar, sobre todo, a los Estados Unidos, y adaptarse —de buena fe o por imperiosa necesidad— a una atmósfera intelectual muy diferente. Había que contar, por último, con las nuevas generaciones, empezadas a formarse después del hecho de destino que significaron la guerra y la dictadura. De todos estos grupos, el que mayor interés presenta ahora es el de los exilados, y entre ellos el de los acogidos en los Estados Unidos. Este grupo tuvo que adaptarse en medida mayor o menor al medio intelectual norteamericano y no fueron escasos los que triunfaron en él, encaramándose a la cresta de sus propias ondas. Aún los más inadaptados no pudieron menos de recibir en alguna forma el impacto de sus nuevas experiencias. Quiere esto decir que en el momento del retorno —o a la distancia: por sus publicaciones— era este grupo el que tenía que ser el mayor exponente de las "novedades" adquiridas en el medio

norteamericano. Y a él tenía que unirse sin dificultad el de las nuevas generaciones afanosas de novedad y tierra virgen. Frente a ellos las viejas generaciones no podían menos que seguir en sus trece, es decir, manteniendo posiciones que no podían negar sin renegar, al mismo tiempo, de lo que fue su propia obra y vida. Asimismo, la continuidad de las tradiciones germánicas tenía que pesar en mayor medida entre los más jóvenes —colaboracionistas o no— que siguieron laborando en el país durante los años catastróficos, aunque el afán de renovación o de autodefensa depuradora les impidiera cerrarse por completo a las nuevas tendencias. Con todo, este cuadro no deja de estar simplificado en un aspecto importante; pues el grupo de los emigrados “asimilados” no constituía una rigurosa unidad, ni podía ser total una asimilación tratándose de hombres ya maduros o que iniciaban su madurez en suelo extranjero. No podían menos de llevar un pasado a sus espaldas. Este hecho tiene importancia: 1) porque semejante falta de unidad rigurosa, tenía que manifestarse, en su vuelta a la reincorporación nacional, como una escisión entre diversos subgrupos o escuelas; 2), y segundo, porque la recepción de la sociología norteamericana tenía así que “matizarse” de modo inevitable en la distinta criba de la misma, hecha por unos y otros. Este segundo grupo tiene singular interés, porque lo realizado por él no es, en modo alguno, comparable a lo que suele ocurrir —y ocurre con frecuencia— con los jóvenes extranjeros formados en las universidades norteamericanas gracias al disfrute de uno u otro tipo de becas y que llegan todavía, en consecuencia, con el pelo de la dehesa (sea de las pampas argentinas, de la meseta brasileña o de las “junglas” asiáticas o africanas); son por eso en absoluto “vulnerables” y retornan con lo adquirido sin la menor actitud crítica. No, los emigrados alemanes ya formados o casi formados, no podían escapar en la asimilación de lo nuevo a la interferencia —consciente o inconsciente— de un enfoque crítico.

2. En consecuencia, el segundo "momento" de la recepción no podía menos de tomar —como tomó— un carácter polémico, entre las disonancias de generaciones y personalidades. De semejante polémica quedan pruebas abundantes.

3. El tercer "momento" de la recepción que nos ocupa no podía tampoco dejar de ofrecerse. Porque la polémica —en sus momentos agrios e iniciales sobre todo— impulsa a los extremismos. A posiciones rotundas —quizá luego rectificadas— de afirmación o de negación. Y, en segundo lugar, porque la psicología del "converso" se ofrece aquí como en todas partes. Es decir, manifiesta innecesarias exageraciones, que no ofrece ni a veces comparte el nacido en la doctrina. Ocurrió el fenómeno de que se dieran de vez en cuando algunos, más papistas que el Papa. De modo que de la pluma de algún tudesco salieran afirmaciones que son infrecuentes en el propio norteamericano: tal como que la sociología sólo existía como ciencia, desde que pudo bautizarse con las aguas de uno u otro lado de los montes Apalaches. El llamado grupo de Colonia ha estado decididamente al borde de esta postura, aunque no siempre pecara, como en el caso citado, con el desliz de lo grotesco. También el transcurso del tiempo ha ido limando en los más esas exaltaciones originarias del "converso".

4. Por tanto, tiene mayor importancia contemplar todo este proceso por su lado más decisivo, que es el que presenta su momento reflexivo o crítico. Y esta reflexión o asimilación crítica se ha manifestado, a su vez, en diversos campos o, si se quiere, de diversas maneras.

Por lo pronto, en lo que a los temas se refiere. Es natural, por ejemplo, que una de las mayores influencias norteamericanas se ofreciese en el terreno de la sociología industrial. La Alemania occidental —con o sin milagro— se industrializa de nuevo rápidamente, asumiendo, en consecuencia, inmediato parentesco externo con

otra sociedad industrial tan avanzada como la norteamericana. ¿No era legítimo aplicar, por lo pronto y sin más, los resultados de una disciplina en que tanto se habían distinguido los norteamericanos, aunque no la hubiesen, en modo alguno, inventado? Pero pronto la reflexión crítica tenía que señalar los límites de la simple copia. Algunos conceptos de la sociología industrial norteamericana eran inaplicables a otro tipo muy distinto de relaciones personales dentro del medio industrial alemán. La invalidez, por ejemplo, de la conocida insistencia en la formación y valor "funcional" de los llamados "grupos informales", grupos "espontáneos" en realidad, si nos queremos liberar en buen castellano de las corruptelas de la traducción literal.

No menos evidente había de parecer que los problemas de la formación de la nueva democracia demarcaran temas preferidos, para los que podía encontrarse amplio apoyo en la bibliografía y en la experiencia norteamericana. Pero la reflexión crítica tenía, asimismo, que llevar a la convicción de que no podían ser tratados en igual forma los problemas de una democracia incipiente y, por tanto, inmadura —y de una historia adversa por lo demás—, como los de una democracia en extremo arraigada y secular. Aunque en este caso pudiera quizá quedar como resultado positivo el abandono —más o menos transitorio— de la ciencia política alemana tradicional —teoría general del Estado en particular—, sustituyéndola por una nueva sociología política.

En el campo de la teoría —en las categorías y conceptos generales— la situación era semejante, aunque en modo alguno pareja, dada la tradición de las construcciones teóricas de la vieja sociología alemana. Los norteamericanos habían puesto en circulación mientras tanto nuevos conceptos y una teoría casi completa, la denominada "funcional". Entre aquellos conceptos sonaban con insistencia, entre otros, los de status, papel social, grupos de referencia, etc. Pero en este punto han ocurrido dos cosas, una quizá pintoresca y otra semejante a alguna de las reseñadas, entre otras más.

Lo pintoresco se ha ofrecido patente cuando, en afán neófito, se aceptaron como "nuevas" categorías "retraducidas" de su propia tradición, como es el hecho que supone la asimilación subrepticia de M. Weber a través de su previa asimilación parsoniana.

En segundo lugar, en la aceptación de categorías aparentemente más nuevas, ha ocurrido, asimismo, que la recepción crítica no ha podido menos de transformarlas en alguna forma. Como es ejemplo típico, la mutación "objetivista" del concepto de "papel social" (rol) en manos de un Dahrendorf, frente al predominio de las perspectivas psicosociales en la elaboración norteamericana. Una asimilación crítica en su conjunto es la ofrecida también ante la denominada teoría funcional, que en modo alguno ha sido rechazada de plano, pero sí corregida o complementada en determinadas deficiencias teóricas decisivas.

La asimilación de la denominada psicología social ha sido, en cambio, mucho más literal o extremada, incluso que en sus fuentes de origen (la psicología social cuantitativa en el caso de Hofstätter).

Por último, en el campo de la investigación social empírica aceptada con tanto entusiasmo, existe, por una parte, la conciencia de que ha faltado una reelaboración de las técnicas recibidas a tenor de los temas de su aplicación o de posibles refinamientos teóricos; y, por otro lado, su aceptación ha dado lugar a una polémica acerca del puro carácter "restaurador" de semejante investigación, y con la puesta en duda de este carácter surge de nuevo el planteamiento de la oposición entre la pura sociología funcional y la sociología de carácter crítico. Oposición que, por haberse llevado por parte de uno de sus protagonistas, dentro de las tradicionales corrientes neohegelianas —más el agregado del freudismo, mezcla un tanto explosiva—, no siempre es fácil de seguir por su oscuridad y esoterismo. Pero, por lo menos, ha servido para plantear otra vez el problema de las conexiones de la Sociología con la Filosofía y con la

Historia —agriamente rechazadas por la otra parte contendiente— y que, desde luego, puede ser tratado desde otros puntos de vista.

Como resultado de todo ese proceso, se ha producido una “recepción”, cribada y seleccionada, que ha dado lugar a diversas tendencias, y que permite y que permitirá, más en lo futuro, la desembarazada y suelta vinculación de la tradición propia a lo que conviene aceptar de la creación norteamericana. Y, sobre todo, que ha podido evitar —no siempre, como es natural, en las figuras menores— el peligro de un mero escolasticismo. Antes de entrar con algún detalle en este punto, conviene recordar dos cosas que matizan todo lo dicho con ocasión del caso alemán.

El vaivén de las influencias recíprocas. En realidad, cuando se habla de la recepción de la más actual sociología norteamericana en los años subsiguientes a la Segunda Guerra Mundial, se comete un error si se la toma en su totalidad como un bloque enteramente nuevo, nacido un buen día y adánicamente en las praderas de Arkansas. Desde sus comienzos, muchas décadas hacia atrás, ha habido un vaivén —como es natural e imprescindible— de continuas influencias recíprocas entre el pensamiento europeo y el norteamericano. Y, cabalmente, en las décadas últimas —en nuestros días— la aceptación de las influencias europeas se ha acentuado en la sociología norteamericana por virtud de causas diversas. En primer lugar, por la labor de pensadores que se han orientado —en más o menos— en algún autor europeo, sea aisladamente —Pareto, Simmel, Durkheim— o que ha tratado de destilar —como en el caso de Parsons— su propio pensamiento de la interpretación en conjunto de esos diversos autores. En segundo lugar, por la presencia viva de los refugiados intelectuales, cuya influencia —para bien o para mal, según los gustos— nadie niega como situación de hecho. Tercero, por el viraje más universalista de las nuevas generaciones, producto de sus experiencias de la situación mundial y del papel jugado en ella por su propio país.

Atenuaciones y matices que, por otro lado, en nada detraen del valor e importancia de la sociología norteamericana en los años que comentamos, y que han obligado —velis nolis— al fenómeno de recepción objeto de nuestras meditaciones.

c) *Algunas reacciones europeas.* Como tampoco puede negarse y cerrar los ojos ante el hecho, de la existencia —sobre todo reciente— de reacciones en extremo vivaces por parte de los europeos ante el *corpus* y carácter de la sociología norteamericana, sea en expresiones sueltas de algunos críticos, sea en declaraciones programáticas, de algunas nuevas revistas interesadas en revivir sobre todo las tendencias comparativas de la sociología europea. Ejemplo más destacado: el de los *Archives Européennes de Sociologie* y sus declaraciones de principios. Algo así como el manifiesto de una restauración.

3. ESCOLASTICISMO

Pero si Alemania o Francia han podido sortear —por lo general— el peligro del escolasticismo, por el esfuerzo de reinterpretar sus propias tradiciones a la luz de lo nuevo, en otras partes, ante el hecho de la “recepción” de esa novedad no ha sido siempre posible la caída en semejante corrupción intelectual. Conviene saber por eso qué es en general el escolasticismo, y bosquejar por añadidura sus características formales.

A. *Naturaleza del escolasticismo.* Unas notas de Ortega —que en modo alguno trato de discutir, o sea, aceptar o rechazar en su sustancia filosófica— permiten fijar con toda precisión las características formales antes postuladas, que son las que ahora nos interesan.

El escolasticismo en su naturaleza formal es un caso puro y simple de recepción. Parafraseando: todo sistema de pensamiento recibido, y que pertenece en su origen a un círculo cultural distinto y distante en el espacio social o en el tiempo histórico.

Pero con esto no basta: el escolasticismo sólo existe cuando la recepción de una serie de ideas ocurre sin recibir o percibir al mismo tiempo los supuestos de las mismas, es decir, las “peripecias históricas” que obligaron a crearlas.

Anotemos las dos referencias incluidas en los párrafos anteriores: espacio social distinto y “peripecias históricas” de las ideas. Hay, pues, la posibilidad de un escolasticismo en la recepción de la sociología norteamericana, allí donde lo que proviene de un espacio social distinto y es resultado de un complejo histórico peculiar, se adapta sin más, es decir, sin conciencia alguna de semejantes supuestos. Ciertamente es que hoy se habla por algunos de la existencia de escolasticismo en la ciencia social (Moore), pero tiene un sentido muy distinto del más riguroso que ahora empleamos. Dicho en los términos deslizados en las páginas anteriores, puede darse y se da un escolasticismo en la recepción de la sociología norteamericana —lo que vale para otras ciencias sociales—, allí donde esa recepción se produce sin que exista una asimilación crítica y reflexiva desde la realidad nutricia de las propias tradiciones y problemas.

B. *Lo que el escolasticismo lleva consigo en la ciencia social.* La recepción como escolasticismo de una ciencia social —forjada en “espacios sociales” y tiempos históricos quizá muy distintos— lleva, pues, consigo estas dos consecuencias. Una notoria y sobre la que huelga mayor comentario —en cuanto común a todos los escolasticismos—, es decir, la repetición de conceptos dentro de una imitación que se produce en el vacío, en la medida que fallan los supuestos de los conceptos manejados. La imitación conceptual que por sí misma carece de peligrosidad, puede convertirse en un puro juego. La peligrosidad existe y se manifiesta patente en sociología —en las ciencias sociales en general— cuando el uso y aparente asimilación de tales conceptos se producen sin percibir la infiltración sobrepticia, como si fueran realidades presentes, de “estructuras”,

“tendencias” y “problemas” que no existen de hecho o que se manifiestan de otra manera. O lo que es más grave, que ciegan para la percepción de las propias y auténticas realidades.

4. LOS PROBLEMAS DE LA RECEPCIÓN EN LOS PAÍSES SIN TRADICIÓN SOCIOLÓGICA PROPIA

Pues bien, en los países sin tradición científico-sociológica en este caso —o que no hacen un esfuerzo por adoptar una posición crítica y reflexiva—, toda recepción se convierte de manera fatal en escolasticismo. Es el peligro que corren en estos días nuestros propios países hispanos, en la recepción de la sociología estadounidense. Reconocer lo que no se tiene no es humillante y es la única forma de curarse en salud. Hay, como declaraba hace poco, sin empachos, un italiano para su país, estados de “sottosviluppo” en éstas u otras disciplinas. Mantener la conciencia sin engaños de semejante subdesarrollo es, como en el caso del propiamente económico, el inicio del crecimiento, la afirmación por lo menos de la voluntad que así ocurra.

A. *La copia como fenómeno de moda.* Careciendo de tradiciones propias que obligan a un esfuerzo de continuidad y, por consiguiente, de asimilación reflexiva, la recepción de la sociología norteamericana —como en otras disciplinas— “deviene”, puede convertirse en un simple fenómeno de copia servil, sujeta a los impulsos y alternativas de toda moda. Y, en consecuencia, es muy rápido el ritmo de las fluctuaciones imitativas. Por un tiempo todo el mundo se siente obligado a confesarse parsoniano, para ser poco después mertoniano, o fiel sociometrista. Los temas se suceden, asimismo, sujetos al mismo azar, hoy los “pequeños grupos”, mañana “la personalidad básica”, pasado mañana “la teoría de la organización” o los más extravagantes planteamientos de la “sociología matemática”.

La rapidez de esas copias sucesivas —tan pronto adoptadas como abandonadas más tarde—, no permite la decantación de un pensamiento propio que, encarando las cuestiones no menos propias, sea capaz de asimilar —cuando no es posible o necesario inventar— lo mejor de la tarea ajena. Esta subversión del esfuerzo intelectual es cosa grave, la más grave, sin duda, pero no deja de traducirse exteriormente en ciertas manifestaciones, si no tan graves por lo menos-lamentables.

B. *Papiamento*. La primera es la que exhibe la deformación del idioma, el galimatías lingüístico, en una palabra, el “papiamento”. Y hoy nos amenaza a todos como destino cruel, la de expresarnos en un penoso, ininteligible a veces, “papiamento sociológico”. Toda asimilación conceptual lleva consigo, necesariamente —allí donde hay recepción— una adecuada traducción de términos, de palabras. Pero las palabras y los términos se dan siempre a su vez dentro de una lengua que tiene una peculiar estructura y un espíritu propio. Nada más lejos en este instante de toda pretensión de casticismo; los idiomas, quierase o no, necesitan evolucionar, renovarse y enriquecerse de un modo constante. Pero tanto esa renovación como ese enriquecimiento tienen que seguir la propia lógica de una lengua, que es al mismo tiempo una lógica espiritual. Estamos en toda recepción frente al problema —que no creo menor y desdeñable— de la traducción. Ahora bien, toda traducción es muy difícil, exige no sólo el conocimiento de dos lenguas, sino el de la materia de que en ese momento se trata. Por otra parte, es una tarea ingrata, que apenas se agradece y que por añadidura se paga mal. La traducción comercializada corresponde siempre a una situación de emergencia. En consecuencia produce a menudo verdadera grima ver cómo se desfiguran libros valiosos, y a veces la indignación lleva a pensar que debería exigirse una sanción penal en tales casos. Se trata con esto sin duda de conocidas banalidades, pero no por eso menos necesarias para lo que ahora sigue. Pues ocurre, cosa menos

conocida, que no todas las lenguas ofrecen iguales dificultades de traducción y pocos sospechan —pues se piensa más bien lo contrario— que es el inglés a este respecto uno de los más espinosos. Lo que implica la dificultad de una buena traducción del inglés al castellano y viceversa; y esto por la razón de que son dos idiomas de estructura lógica y espiritual tan distintas que ambos tienden a descomponerse de manera recíproca. Repulsión mutua de estructura que no se da igualmente frente a otras lenguas, tenidas algunas por más difíciles: es decir no ya el caso de las latinas —el francés o el italiano— sino del alemán o del ruso inclusive, ambos de gran plasticidad. Las traducciones francesas pueden saber a francés —hay galicismos— pero no desconyuntan al castellano. Ahora bien, la recepción objeto de estas meditaciones tiene como vehículo la traducción del inglés. Y si en todo caso —allí donde es más limpio, literario y estilísticamente depurado— una traducción es espinosa, cuando se trata de obras donde el estilo desfallece, la situación es mucho peor. En el caso norteamericano —y no sólo en él— el estilo en las obras de ciencia social desfallece, porque ya apenas se escriben sino que se dictan en buena proporción. Y sobre todo, porque, en especial, la joven sociología norteamericana ha dado en caer en una “jerga” tan localizada —en el tiempo y el espacio— que hace muy difícil su versión, es decir su universalización. Y esta dificultad va naturalmente en perjuicio de todos. Las supuestas razones de esa jerga no es cosa de discutir las aquí —algunos tratan de defenderla como científicamente necesaria. Baste decir que la mayor parte de las veces son ilegítimas o innecesarias. Como la claridad expresiva traduce y declara la claridad mental —la precisión conceptual—, la imposición de un “papiamento” —y nadie está exento de ser sorprendido hoy en el trance de ese pecado— arrastra consigo, querámoslo o no, la oscuridad mental. Para que nadie me crea maniático u obseso con el “papiamento” impuesto por la jerga sociológica norteamericana y su rápida e irresponsable traducción, recordaré la distancia que hubo en otro terreno —en el de la filosofía— entre la

recepción del Krausismo y la incorporación posterior de la filosofía contemporánea por obra de Ortega o si se quiere de la denominada escuela de Madrid. Los sarcasmos de un Menéndez y Pelayo frente a los Krausistas eran injustos en la medida en que este grupo de hombres constituyó un conjunto de personalidades moralmente ejemplares y nadie puede negar cuál fue el influjo favorable que ejercieron en las maneras políticas y en los hábitos intelectuales de su momento y país. Por infortunio, sin embargo, no valían en el campo estilístico. Y esa adaptación a través de un estilo oscuro y enrevesado paralizó en cierto sentido la flexibilidad mental necesaria para permitir el intento de pensar sin andaderas. Al contrario, la original reinención lingüística de la filosofía alemana de su tiempo, emprendida por Ortega y sus discípulos, no sólo dilató los poros para la recepción de los contenidos, sino que al transmutarla en capacidad expresiva manejada ya como propia, aligeró la auténtica agilidad mental, capaz de actuar con independencia, sin sentimiento alguno de desigualdad y tutelaje. Se dirá que la tarea fue lenta y productiva en fin de cuentas de una figura excepcional. A pesar de todo, constituyó la norma de lo que ha de hacerse en situaciones semejantes, proceder sin pausa, pero también sin prisa —en trabajo incesante— hasta convertir un día, casi sin sentido, en sustancia propia lo que fuera en sus comienzos de extraño origen. ¿Cuáles son las defensas, tras las que hay que parapetarse, en la recepción en nuestros países de los aspectos valiosos de la sociología norteamericana, sin caer ni en escolasticismos, ni en papiamientos? Ante todo esto: tratar de pensar por cuenta propia, es decir, “desde dentro” de los problemas que nos son peculiares y que se reconozcan como los más importantes y decisivos.

C. *La conciencia del tema dominante.* Pensar desde dentro de la propia realidad no es otra cosa que descubrir, y entregarse luego por entero, a lo que llamaremos el tema dominante. Su existencia vale quizás para todas las ciencias, pero tiene quizás singular im-

portancia en las ciencias sociales. En eso y no en otra cosa consiste su denominado condicionamiento cultural. Pues el tema dominante está impuesto por la estructura de lo real —la estructura social—, que está muy lejos de ser no sólo idéntica, sino incluso semejante en los diversos países. El concepto de tema “dominante” elimina ya de por sí toda pretensión de valer como único o absoluto. Al lado de ese tema hay sin duda otros, y está siempre abierta a la discusión si merece o no esa su calidad —temporal desde luego— de hegemonía.

En los países hispánicos destaca hoy como su tema dominante, dentro del pensar social, el del llamado desarrollo económico. Es un tema “estructuralmente” impuesto y por tanto ineludible. Lo que no significa que esa su jerarquía de primer orden, en el plano de lo real, se ofrezca como indiscutible para quien contemple la misma realidad desde la perspectiva de otros valores tenidos como supremos. Dicho en forma llana, no sólo importan en nuestros países su desarrollo económico, sino otras cosas más, que alguien puede incluso pensar como primarias. Pero está fuera de toda duda que esa exigencia de desarrollo está impuesta por la situación de la estructura social en un momento determinado de nuestra historia. Este y no otra cosa es el esencial sentido —en la perspectiva sociológica— del carácter de tema dominante que tiene el problema del desarrollo económico en los países hispánicos —de acá y de allá— en en nuestros días.

Pero se impone todavía eliminar otro equívoco, al lado del que sugería su inversión en único y absoluto. Pues la presencia de un tema dominante en la sociología teórica y en la investigación social no significa en modo alguno que las demás cuestiones y problemas se traten únicamente en función de él, en el estricto sentido del término “función”. El tema dominante en un momento dado atrae hacia muchos otros temas en aparente desconexión con él, sirve propiamente para descubrirlos. Pues no actúa como una variable en función de la cual pueden resolverse las demás, sino como un

centro de irradiación —como proyector luminoso— que sitúa en el foco de la atención otras cuestiones y problemas cuya importancia y significación derivan en buena cuenta de encontrarse en alguna relación —en principio la desconocemos y es materia de descubrimiento— con la exigencia decisiva que plantea el tema dominante.

En el “momento” actual de nuestros países, el desarrollo económico representa ese núcleo de incitación sociológica que impone pensar desde dentro, en definitiva, el conjunto de nuestra realidad social. Que fuerza en consecuencia —quírase o no— a un mínimo de originalidad, es decir a rechazar como punto de partida —como duda metódica— la copia servil de los resultados posiblemente válidos de un pensamiento ajeno acerca de los temas dominantes de su “espacio” social.

Con la conciencia del carácter dominante de ese tema en nuestros medios, he hecho, por mi parte, todo lo posible para su reconocimiento en cuanto a tal, y he intentado mostrar en otra parte algunas de sus principales ramificaciones y conexiones. Hay un peligro evidente —y lo estamos corriendo—, que es el de convertir un tema dominante en un *tópico vulgar*, traído y manoseado sin conciencia plena por unos y por otros. Pero es el peligro permanente de la vida intelectual, y la lucha contra el tópico como tal tópico, la misión ineludible de la ciencia y de la investigación social. Pues el tópico no sólo vulgariza el tema dominante, recortándole sus más agudas aristas, sino que puede continuar invariable cuando ya ese tema ha perdido su razón de ser o se ha convertido en otro diferente. Pero mientras la reflexión teórica y la demostración empírica continúen manteniendo “la autenticidad” del tema dominante, el deber de los sociólogos e investigadores es tratar de explorarlo sin cansancio en todos sus aspectos y dimensiones. Es decir, hasta el día que esa misma reflexión señale que se ha extinguido como tema dominante y agotado en consecuencia en sus contenidos esenciales.

Por ahora —no sabemos por cuanto tiempo— sólo puede ser auténtico nuestro pensamiento sociológico si se inspira y deriva del

complejo de cuestiones que arrastra consigo la necesidad de nuestro crecimiento económico.

5. INEFICACIA HISTÓRICA DE LAS EXCOMUNIONES RECÍPROCAS

Un tema dominante está muy lejos de imponer, por sí mismo, una doctrina única, ni menos técnicas "exclusivas" de investigación. Según circunstancias y problemas concretos serán posibles éstas o las otras técnicas: en ocasiones cabe aplicar la que fue aprendida en otros medios, al mismo tiempo tan refinada metodológicamente, como costosa desde el punto de vista financiero. En otras será posible manejárselas con tipos de investigación menos refinados o más baratos. En otras habrá que inventar sobre el terreno, con el tipo de investigación más adecuada, la técnica peculiar que le corresponda. En cuanto a la doctrina, mejor dicho en cuanto a la teoría, ésta es siempre un término, es decir un punto de llegada y no de partida. Aunque como elemento "heurístico" no se pueda rechazar la aplicación, hipotética por tanto, de una o varias de las ya conocidas. Todo lo cual quiere decir desde la perspectiva de estas páginas —sostenidas por la conciencia de un auténtico problema pedagógico— que precisa huir como de la peste, de todo gesto excluyente y excomulgatorio de unas capillas o escuelas frente a otras. Excomuniones y negaciones por lo demás infecundas, como demuestra la historia del pensamiento en general o de una ciencia en particular, no sólo en el ritmo de las generaciones —en que renacen de continuo para ser superadas de nuevo "viejas" teorías supuestamente condenadas— sino en el proceso científico mismo dentro de la vida de una determinada persona. Por esa razón, me negué, en cierto momento, a encubrir con mi nombre la pretensión de mantener una simple Escuela de sociólogos de "alcance medio".

Mi ideal era, y sigue siendo, contar con la posibilidad siempre abierta de sociólogos de "largo alcance", es decir de verdaderos so-

ciólogos, aunque no se sepa cuándo ni cómo pueda cuajar personalmente esa posibilidad.

Una Escuela de Sociología, dentro de la enseñanza superior, no puede dejar de tener los caracteres que esta misma impone: fundamentalmente los de "problematicidad" y universalidad. Ese espíritu inquisitivo obliga a buscar lo más valioso allí donde se encuentre, las "recepciones" en consecuencia son ineludibles, tienen que hacerse.

Pero deben de hacerse con una actitud crítica y reflexiva, buscando la asimilación que exige el pensar desde dentro nuestros problemas intransferibles. Y en esa asimilación —conversión de lo ajeno en sustancia propia, lejos de todo escolasticismo— esforcémosnos por evitar, en la forma, la dislocación de la estructura de nuestro propio idioma, que equivale a una deformación de la personalidad misma. Evitemos los papiamentos. Bueno está que, fieles a nuestro tiempo, sepamos esquivar a la par la osificación de ambos. No importa, por tanto, que de cuando en cuando se nos escape, rotundo, un anglicismo oportuno y enriquecedor.

